



El pico de Roca-Curva, en el Delinado.—Dibujo de Himely, tomado de Mr. Muston.
SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 7.

ASCENSION DE ROCA-CURVA.

Hay en el Delfinado una montaña poco conocida, cuya extraordinaria forma llama desde lejos la atención. Puede vérsela á la vez desde las alturas de Aviñon mirando hácia el Norte, y desde las de Lyon mirando hácia el Mediodía. Esta montaña no es sino una roca que de un solo golpe se eleva á la altura de 1,600 metros. Representa la estremidad rostral de una cuenca elíptica, llamada la selva de Sau, á causa de los espesos bosques que en otro tiempo contenia. Esta cuenca se estiende entre el valle del Drome y el del Rubion. Por el lado del Drome el pico se dibuja en el cielo como escarpadas aristas que representan una especie de espolon con tres puntos, y por esto se le llama la cima de los Tres-Picos. Por el lado del Rubion parece que se desploma, y se le denomina Roca-Curva.

Nada hay mas pintoresco ni á veces mas estravagante que los diversos aspectos bajo los cuales se presenta á la vista este extraño monte. A pesar de sus inaccesibles apariencias, se puede subir por él fácilmente, y en los dias buenos es objeto de muchísimas escursiones.

Después de una cuesta llena de guijarros y muy larga, llamada cresta de la Mariposa, se llega á una primera meseta donde se puede descansar debajo de los árboles junto á una fuente.

Dos caminos muy diversos conducen desde este punto á la cima: uno, penetrando en el interior de la cuenca que aquella es el punto culminante, permite á los carruajes llegar hasta el pié de las arboledas pendientes que cubren su base; el otro, acercándose al recinto de las rocas por su lado exterior, no se presenta sino bajo la forma de una roca escarpada, frecuentada por los ganados; y no se puede andar por el sino á pié, ó cuando mas con mula. Varias de estas caballerías se encuentran de alquiler en una pequeña posesion situada directamente debajo del pico.

Esta posesion se halla atravesada por el límite de dos cantones, el de los Salientes y el de Burdeos.

Se necesita cerca de una hora para subir la pendiente cubierta de césped que conduce á la cima. Esta pendiente se llama el prado del Asno, en memoria de una leyenda muy singular.

La cuenca de la selva dominada por aquella elevada cima dependia en otro tiempo del señorío de Sau, pueblo situado á la salida del desfiladero que da entrada á la cuenca. El castillo de este pueblo estaba á los costados de una roca abierta á pico, á cuyo pié se agrupan varias casas llamadas la aldea de las Iglesias. De resultas de la fundacion de la abadia de Saint-Thiers á la orilla opuesta del arroyo que baña la roca, un nuevo grupo de casas se formó allí con el nombre de aldea del Olmo; mas tarde se construyó en la parte llana, y bajo el nombre de castillo de Eure, uno de habitación mas accesible y mas agradable que el primero.

Poco cuidada de los anacronismos, pretende la tradicion que los habitantes del antiguo castillo fueron á establecerse en el moderno, pero que una jóven llamada Blanca, acordándose con pena de sus rocas natales, subia todos los domingos antes del oficio de la mañana sobre una hachaca, que no era sino un burro dotado de prodigiosa agilidad.

Cierto dia no vieron volver de su roca á la jóven. El burro, á fin de buscarla, se puso á recorrer todas las cres-

tas de la cadena que forma la cuenca del bosque; pero llegando á Roca-Curva sin haberla encontrado, desapareció tambien ó se precipitó de desesperacion. De aquí proviene el nombre de prado del Asno dado al teatro de esta catástrofe.

Los pastores que guardan sus ganados sobre las cimas cubiertas de césped de aquella escarpada cadena, han visto, segun dicen, varias veces á un águila caer con rapidez sobre una de sus ovejas ó cabras, golpearla con toda su mole y con toda su fuerza á fin de derribarla, y si le es posible, precipitarla en el abismo, donde en seguida va á despedazarla.

En la cima del prado del Asno ó de Roca-Curva se habia establecido una de las oficinas de operaciones mas importantes para la reciente triangulacion de Francia.

La pendiente que conduce á esta cima se halla cubierta con yerba espesa y corta, entremezclada con muchas zarzas pequeñas de hojas espinosas que se asemejan á los enebros alpinos, y está mezclada con orquido de olor á vainilla, con mirtillos de bayas negras y con una preciosa gayuba de campanillas blancas, todas parecidas á flores del muguete de olor.

A pesar del tapiz de verdor que se presenta al pié de los viajeros para subir hasta la cima, la pendiente es bastante fuerte para hacer fatigosa la ascension.

Pero habiendo llegado allí ¡qué vista tan admirable! ¡qué inmenso horizonte! ¡qué incommensurable estension de cimas y de lontananzas!

Los montes del Devolui al Este, en toda su magnificencia, con sus hielos, sus aristas, sus caras de faldas verticales, sus grandes masas azuladas por la distancia, se pintan en el horizonte como una corona mural. Mas cerca y mas al Norte, las sombrías crestas del Vercors prolongan en onduladas ó recortadas lineas las pedregosas ó arboladas márgenes de sus mesetas aéreas; á los pies del espectador se estiende por un lado el valle de Drome y por otro el del Rubion; entre ellos y sobre el prolongamiento de la pendiente subida, una cuenca de verdor de fisonomía silvestre y con profundidades llenas de matas, de donde apenas descuellan la piramidal cima de unos pocos abetos, llena de sombra el recinto de las rocas cuyo punto culminante ocupa.

En esta cuenca, llena de frondosos oquedales descuella una espaciosa casa rodeada de jardines; es la morada de un célebre abogado. Bájase á ella por un barranco que va estrechándose cada vez mas, llamado la Combe. Esta sombreada estrechura tiene hácia la tercera parte de su alto rocas de extrañas formas, y á su pié brotan hermosas fuentes de agua viva, mezclándose por su alrededor los pinos silvestres y las hayas.

Desde la parte baja de la cuesta hasta el pueblo de Sau hay únicamente como dos leguas de distancia, y la travesía es deliciosa con las admirables vistas de un pequeño valle sinuoso y situado entre profundas rocas.

VIAJE Á LA LUNA, APOLOGO POR LINEO.

Aconteció una vez, que los siete sábios de la Grecia, reunidos en Atenas, queriendo decidir cual era la mayor maravilla de la creacion, dispusieron que por turno cada cual de ellos, manifestara su opinion sobre esta materia.

El primero que habló sostuvo que nada había mas maravilloso que las estrellas; pues, según los astrónomos, las mas eran soles á cuyo alrededor daban vueltas mundos que contenían, como la tierra, plantas y animales, aunque de extrañas y desconocidas formas. Llenos de entusiasmo con semejante perspectiva, suplicaron los sábios á Júpiter que les permitiese visitar el mas próximo planeta, la luna. No estarían allí sino tres dias, y volverían para contar á los hombres los prodigios que hubiesen visto en aquel nuevo mundo. Júpiter tuvo á bien acceder á la petición de ellos, y les señaló como punto de salida la cima de un elevado monte, donde una nube debía aguardarlos. Llegaron á la hora señalada, acompañados con artistas y poetas, encargados de pintar y de describir sus descubrimientos.

Después de haber atravesado rápidamente el espacio etéreo, llegaron á la luna, donde hallaron preparado un palacio para recibirlos. Al día siguiente, estaban tan cansados del viaje, que no despertaron hasta medio día. A fin de reparar sus fuerzas, les sirvieron una comida suculenta, de que se aprovecharon tan bien, que su curiosidad quedó en gran parte ofuscada. Aquel día vieron ligeramente por entre las ventanas, un delicioso país, cubierto con riquísimo verdor, y con flores de admirable hermosura; oyeron el melodioso canto de las aves, y prometieron levantarse al alborar del día siguiente, á fin de comenzar sus observaciones. Pero el segundo día, cuando iban á ponerse en marcha, una muchedumbre de bailarines y bailarinas, les obstruyó el camino. Un segundo banquete, todavía mas suntuoso que el primero, les fué servido. Había allí vinos raros, músicas, bailes, todo invitaba al placer, y se dejaron arrastrar. De repente unos vecinos envidiosos, llegados para turbar la fiesta, se arrojaron con armas al salón del festín. Empezóse la lucha, en la que los sábios tomaron parte, y los invasores fueron vencidos. La justicia siguió su curso, y el tercer día se consumió todo entero en las defensas, réplicas y juicio, de modo, que espiró el tiempo concedido por Júpiter, y los siete sábios volvieron á Grecia, donde toda la población les salió á su encuentro, ávida por saber noticias de la luna. Todo cuanto los sábios pudieron decir fué, que la luna era un país hermoso, cubierto con verdor, matizado con flores, y donde las aves cantaban á las mil maravillas. ¿De qué naturaleza eran aquel verdor y aquellas flores? ¿Cómo estaban formadas aquellas aves? Nada sabían absolutamente.

El apólogo del célebre naturalista sueco, nos es en extremo aplicable. Todos nosotros, mientras que existimos, vivimos sobre una tierra encantada; pero desdeñando las maravillas que la Providencia ha sembrado en ella, nos parecemos todos, mas ó menos, á los viajeros de la luna.

ENSAYOS POETICOS

Y ARTICULOS EN PROSA

DE DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

obras de encargo coleccionadas por el mismo.

(Conclusion.)

Los versos, leídos por el señor Hartzenbusch en la real casa de campo, llamada *La Flamenca*, con motivo de la inauguración de la escuela central de Agricultura, merecen hasta cierto punto ocupar un puesto no inferior en los

poemas didascálicos, porque nuestro autor, no contentándose con poner de manifiesto los beneficios y las ventajas que el cultivo de los campos prodiga á los mortales, ensalza la natural feracidad de las tierras de España, sus abundantes cosechas, sus vinos esquisitos, y dice:

Clima feliz, rubio grano,
Frutos con dulce sazón,
Reses de fardo y timón,
Reses de aprisco y de guerra,
Dote de la hispana tierra
Fueron siempre, y aun lo son.

Juzgamos también muy recomendables los versos siguientes, porque revelan á los sábios, que su principal y noble misión es arrostrar con denuedo la fuerza de las preocupaciones vulgares y de los inveterados errores hasta vencerlos en beneficio de la ciencia:

Principios ciertos y claros
Vais á difundir, señores,
Pero á luchar con errores
Necesitais prepararos.
Por ignorantes reparos
No os dejéis alucinar;
Formad en particular
Empeño de convertir
Al que no deja vivir
Ni arboleda ni tallar.

Las dos loas en prosa la una, titulada: *Derechos póstumos para solemnizar el natalicio de don Pedro Calderón de la Barca*; y la otra, *La Hija de Cervantes*, son un claro testimonio de que el señor Hartzenbusch es uno de nuestros mejores poetas dramáticos, tanto por la animación y el movimiento que da á la escena, como por la naturalidad de los caracteres con que reviste á sus personajes.

La zarzuela mitológico-burlesca, titulada: *El Amor enamorado*, tiene buenos versos y coros admirables por su facilidad y sencillez: los que vamos á transcribir á continuación confirman nuestro aserto:

(Adelántase hacia la estatua de PSIQUIS, un coro de labradores trayendo en las manos guirnaldas de rosas y coronas de espigas).

LABRADORES.

Del campo que riega sudosa la frente,
Guirnaldas y espigas, humilde presente,
Le ofrece á su señora
El rudo labrador.

CORO DE PESCADORES.

Atados con ovas, marinos despojos,
Corales y nácar, lucientes y rojos,
Le ofrece á su señora
El ágil pescador.

CORO DE MERCADERES.

En urna labrada por mano distante
Perfumes de Oriente la plebe mercante

Le ofrece á su señora
En seña de su fé.—*Acto I., Esc. 1.ª, pág. 84.*

Merecen tambien ser colocados en un puesto preferente los versos, que llevan por título:

LA MUERTE Y EL CORO DE LOS ESPECTROS.

Con esta lámpara
Lenta en arder,
Su triste víctima
La muerte ve.
No hay muro sólido,
No hay puerta fiel,
Que á esta luz tétrica
Puerta no dé.—*Acto II, Esc. IX, pág. 130.*

El señor Hartzenbusch pone término á sus *Obras de encargo* con una elegante traduccion de la oda de Alejandro Manzoni á la muerte de Napoleon I, conocida en el orbe literario bajo el nombre de EL CINCO DE MAYO. Nosotros vamos á reproducirla en estas columnas, acompañándola con otras tres traducciones castellanas de la misma oda. Pero antes de insertarlas, juzgamos del caso dar á los lectores algunas esplicaciones.

En el Album bilingüe de nuestros opúsculos, impreso en Madrid por Rivadeneyra, año de 1847, hay cuatro traducciones de la oda de Manzoni, hechas por distintos autores, y una de ellas pertenece al señor Hartzenbusch. Habiendo llegado á Méjico nuestros opúsculos, los redactores de un apreciable periódico titulado: *La Ilustracion Mejicana*, reprodujeron las cuatro traducciones, añadiéndolas una quinta, hecha por su compatriota don José Joaquin Pesado. El periódico, á que aludimos, tomo I, pág. 492, dice así: «La oda de Manzoni titulada: EL CINCO DE MAYO, ó sea LA MUERTE DE NAPOLEON, es de una celebridad universal. Pocas producciones ha dado la poesía comparables con esta, que se ha traducido de mil maneras á los idiomas de Europa. En España se han publicado cuatro, que insertamos aquí á continuación del original, tomadas del Album, que añadió don Salvador Costanzo á sus *Opúsculos políticos y literarios*, publicados en Madrid el año de 1847, y agregamos la versión, que de la misma oda ha hecho nuestro compatriota el señor don José Joaquin Pesado.»

Hace cerca de seis años, que uno de nuestros mejores amigos, don José Risel, bajó á la tumba, rayando apenas en el sexto lustro. Este jóven de un brillante porvenir por la superioridad de su talento y sus estudios, dejó en su cartera una nueva traduccion de la oda de Manzoni, la cual no desmerece bajo ningun concepto ver la luz pública. Nosotros, pues, la vamos á insertar á continuación de las de Hartzenbusch y Pesado, persuadidos de que este testimonio de afectuosa amistad, que tributamos á la memoria de un jóven español, no dejarán de aceptarlo con agrado todos los sabios de nuestra península. Insertamos, por último, otra traduccion de *El Cinco de Mayo*, hecha por el señor Guillermo Mata de Chile.

Esta oda es muy conocida en su lengua original, pero la reproducimos tambien, á fin de que los lectores, que no ignoran el italiano, puedan juzgar con mas acierto de las cuatro traducciones, sin buscar en las obras de Manzoni su oda.

Ei fú siccome immobile,
Dato il mortal sospiro,

Stette la spoglia immemore
Orba d' un tanto spiro;
Così percossa, attonita
La terra al nunzio stá
Muta, pensando all' última
Ora dell' uom fatale,
Nè sa cuando una simile
Orma di piè mortale
La sua cruenta polvere
A calpestar verrà.
Lui sfolgorante in solio
Vide il mio genio e tacque
Quando con vece assidua
Cadde, risorse e giacque,
Di mille voci al sonito
Mista la sua non ha.

Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio
Sorge or commosso al subito
Sparir di tranto raggio,
E scioglie all'urna un cantico
Che forse non morrà.

Dell' Alpi alle Piramidi
Dal Manzanare al Reno,
Di quel sicuro il fulmine
Tenea dietro al baleno;
Scoppiò da scilla al Tanai
Dall' uno all' altro mar.

Fu vera gloria? Ai posteri
L' ardua sentenza: nui
Chiniam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
Del creator suo spirito
Più vast' orma stampar.

La procellosa e trepida
Gioia d' un gran disegno,
L' ansia d' un cor che indocile
Ferve pensando al regno,
E' l' giunge, e tiene un premio
Ch' era follia sperar.

Tutto ei provò: la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria,
La reggia e il tristo esiglio;
Due volte nella polvere,
Due volte su gli altar.

Ei si nomò: due secoli,
L' un contro l' altro armato,
Sommessi a lui si volsero
Come aspettando il fato:
Ei fè silenzio, ed arbitro
S' assise in mezzo a lor.

Ei sparve, e i di nell' ozio
Chiuse in sì breve sponda,
Segno d' immensa invidia
E di pietà profonda,
D' inestinguibil odio,
E d' indomato amor

Como sul capo al naufrago
L' onda si avvolge e pesa,
L' onda su cui del misero
Alta pur dianzi e tesa
Scorre la vista a scernere
Prode remote invan;

Tal su quell' alma il cumulo
Delle memorie scese:
Oh! quante volte ai posteri
Narrar se stesso imprese,
E nell' eterne pagine
Cadde la stanca man.

Oh! quante volte al tacito
Morir d' un giorno inerte,
Chinati i rai fulminei,
Le braccia al sen conserte
Stette, e dei di che furono
L' assalse il sovvenir.

Ei ripensó le mobili
Tende, e i percossi vali,
E 'l lampo de' manipoli
E l' onda de' cavalli,
E 'l concitato imperio
E 'l celere obbedir.

Ah! forse a tanto strazio
Cadde lo spirto anelo,
E disperó; ma valida
Venne una man dal cielo
En in più spiralbi aëre
Pietosa il trasportó,

E l' avvió sui floridi
Sentier della speranza,
Ai campi eterni, al premio
Che i desiderii avanza,
Ov' è silenzio e tenebre
La gloria che passó.

Bella, immortal, benefica
Fede ai trionfi avvezza,
Scrivi ancor questo: allegati!
Che più superba altezza
Al disonor del Gólgota,
Giammai non si chinó.

Tu dalle stnache ceneri
Sperdi ogni ría parola;
Il Dio che atterra, e suscita
Ch' affanna e che consola
Sulla deserta colorice
Accanto a lui posó.

TRADUCCION DEL SEÑOR HARTZENBUSCH, MUY DISTINTA DE LA
INSERTA EN NUESTROS OPUSCULOS POLITICOS Y LITERARIOS.

Murió.—Cual yerto quédase,
Dado al postrer latido,
Del alma escelsa huérfano
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.

La hora contemplan última
Del hombre del destino,
Y dudan que en el cárdeno
Polvo de su camino
Pié de inmortal imprimase,
Que le semeje ya.

Le ví en el trono fúlgido,
Y fué mi lengua muda;
Cayó, se alzó y postráronle
Por fin en lid sañuda,
Y al recio grito múltiple
Voz no añadió jamás.

Virgen de injuria pérñda
Y encomio lisonjero,
Mi musa cuando súbito
Se oculta el gran lucero,
Rinde á la tumba un cántico,
No efímero quizás.

Del Alpe á las Pirámides,
Del Rhin al Guadarrama,
Lanzó tras el relámpago
El la celeste llama:
Hirió de Scila al Tánals,
Y de uno al otro mar.

Si esto fué gloria, júzguelo
Futura edad; la nuestra
Humillese al Altísimo,
Que dilatada nuestra
De su potente espíritu
Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo
Que un gran designio cria,
Los indomables impetus
De quien reinar ansia,
Y obtiene lo que fuérale
Vedado imaginar,

Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripción y alcázares,
La fuga y la victoria:
Se vió dos veces idolo,
Dos pereció su altar.

Dos siglos combatíanse
Cuando su voz oyeron,
Y á él como á ley fatídica
Sumisos acudieron:
Callar les hizo, y árbitro
Sentóse entre los dos.

Y de honda envidia y lástima
Objeto en su caída,
Cerrada en breve círculo
Desperdió su vida,
Odio y amor sin límite
De sí dejando en pos.

Euvuelve y hunde al náufrago
Ola que alzándole antes,
Dejaba que en el piélagos
Con ojos anhelantes
Buscara en vano el misero
Tierra distante de él.

Así abismaba al héroe
Tanto recuerdo amargo:
El de historiarse impúsose
Mil veces el encargo,
Y mil cayóle inválida
La mano en el papel.

Mil veces, ¡ay! al tétrico
Fin de inactivo día,
Bajas las ígneas órbitas,
Brazos con pecho unia,
Y le asaltó en imágenes
El esplendente ayer.

Y vió las tiendas móviles,
Y armas la luz volviendo,
Y el galopar beligeros
Valles henchir de estruendo.

Las imperiosas órdenes
Y el pronto obedecer.
Quizás ¡ay! de la pérdida
Rendido al desconsuelo,
Desesperó; mas próspera
Mano llegó del cielo,
Y á la region vivifica
Piadosa le llevó,
Donde floridos tránsitos
Ofrece la esperanza
Al campo en que magnífico
Premio sin fin se alcanza,
Y noche muda tórname
La gloria que pasó.
Bella, inmortal, benéfica
Fé, por do quier triunfante,
De un nuevo triunfo alégrate:
Cerviz mas arrogante
Al deshonor del Gólgota
Nunca se doblegó.
Libra los restos flébiles
Tú de injurioso acento:
Dios que alza y postra dándonos
Tribulacion y aliento,
Ya solitario el túmulo,
Al lado vigiló (1).

TRADUCCION DEL SEÑOR PESADO.

Así como ya inmóviles,
Faltos de tanto aliento,
Sus despojos miráronse
Sin vida y movimiento,
Así la tierra atónita
A tanta nueva está.
Muda, pensando en la última
Hora del hombre fiero,
Ni sabe cuando intrépido
Otro mortal guerrero
Como él, su polvo fúnebre
Sangriento pisará.
En fulgurante solio
Velo mi musa y calla:
Cuando con suerte asidua
Triunfa, cae y batalla,
Entre el comun estrépito
No hizo su voz oír.
Libre de vil encomio,
O cobardes rencores
Ora se exhibe al súbito
Morir de sus fulgores,
Y esparce en su urna un cántico
Que acaso ha de vivir.

(1) El señor don Lorenzo Badioli, distinguido profesor del Ateneo de Madrid, comentando con profunda doctrina el célebre canto de Dante, *El Conde Ugolino*, y hablando de la excelencia de la oda de Manzoni *El Cinco de Mayo*, prodigó merecidos elogios al señor Pezuela, como traductor del gran vate gibelino, y al señor Hartzenbusch por su última y elegante traducción de *El Cinco de Mayo*. El público aplaudió á nuestro profesor; y éste, á fin de dar á conocer que sus elogios no eran exagerados ni una adulacion, declamó primero, con acento verdaderamente poético, los textos de Dante y Manzoni, y luego las dos traducciones de los señores Pezuela y Hartzenbusch.

Del Alpe á las Pirámides,
Del Rhin al Tajo ameno,
En alas del relámpago
Lanzó su diestra el trueno:
Hirió de Scila al Tánais
Del uno al otro mar.
¿Aquesta es gloria?—Júzguelo
Mejor la edad futura:
Yo me humillo al Altísimo,
Que quiso en su criatura
De su hacedor espíritu
Tan gran sello estampar.
El proceloso y fervido
Gozo de un gran intento,
Un corazon, que indómito
Sirve, á reinar atento,
Y alcanza un premio insólito
Que era vano esperar.
Todo probó: la gloria
Ganada á sangre y hierro,
La fuga, la victoria,
El trono y el destierro,
Dos veces en el polvo,
Y dos sobre el altar.
Nombre se dió. A dos épocas
Una contra otra armada,
Las sometió terrífico
A la ley de su espada:
Las acalló, y cual árbitro
Entre ellas se asentó.

Pasó: temprano término
Puso el tedio á su vida,
Causa de envidia acérrima,
De piedad sin medida,
De ira en venganzas ávida,
Y de indomable amor.
Como la frente al naufrago
Pesada onda comprime,
Onda que sobre el misero
Amenazante gime,
Cuando su vida turbida
Tierra en vano buscó;

Tal baja á su alma el cúmulo
De su perdida gloria:
Mil veces á los pósteros
Quiso escribir su historia,
Y en las eternas páginas
Su diestra al fin cayó.
¡Cuántas veces mirándose
Solo en recinto estrecho,
Caído el rostro fulmineo,
Los brazos sobre el pecho,
Gratas memorias bélicas
Viénenle á sorprender!

Y recordó las móviles
Tiendas de los guerreros,
Los batallones fulgidos,
Los jinetes ligeros,
Y el apremiante imperio,
Y el presto obedecer.
Entonces ¡ay! su espíritu
En congojoso anhelo
Desesperó: mas válida
Mano vino del cielo,

Y á un aire mas vivífico
Piadosa le llevó.
Y á las sendas, benévola
Lo entró de la esperanza,
A las moradas célicas
Donde el premio se alcanza,
Donde es tiniebla lúgubre
La gloria que pasó.
Fé, que inmortal, benéfica,
Vences toda grandeza,
Aquesto escribe:—«Alégrate;
Que mas soberbia alteza
Al deshonor del Gólgota
Jamás se doblegó.»
De sus cenizas áridas
Toda aversion aleja:
El Dios eterno y máximo
Que consuela y aqueja,
Cabe su yermo túmulo
Escelso reposo.

TRADUCCION DEL SEÑOR RISEL.

Fué: como inerte, exánime,
Dado el mortal suspiro,
El tronco paró, huérfano
Del divinal respiro,
Así la tierra atónita
Verta al anuncio está.
Muda pensando en la última
Hora del hombre hadado,
Ni sabe si en el túrbido
Polvo por él hollado,
Otro cual él intrépido
Su huella imprimirá.
Yo entre el fulgor del sólio
Vile, y callé: vencido
Luego, y al sólio espléndido
Vuelto, otra vez caído,
Al clamoroso estrépito
Mi lira enmudecí.
Virgen de siervo encomio,
De ultraje fementido,
Al anublarse súbito
Hoy astro tan querido,
Canto, y quizás mi cántico
Viva despues de mí.
Del Alpe á las Pirámides,
Del Tajo al Rhin ameno,
Do quier sus rayos vianse
Adelantarse al trueno,
Terror de Scila y Tánais,
Y de uno á otro mar.
¿Fué gloria justa?—Fállelo
La edad advenidera:
Cantad hoy al Altísimo,
Que en esa alma altanera
Del creador espíritu
Quiso tal muestra dar.
El proceloso y trépido
Placer de un gran intento,
El corazon que al férvido
Vagar del pensamiento,
Ansía un trono, é incrédulo

Sus sueños son verdad,
Eso probó: la gloria,
Tras batallas penado,
Mayor, fuga y victoria,
Ya rey, ya desterrado,
Dos veces Dios, dos veces
Por tierra su deidad,
Fué que luchando intrépidos
Uno contra otro armado,
Dos siglos á él volviéronse
Como esperando el hado,
Y enmudecióles, y árbítro
Sentóse entre los dos.
—Despareció, y en la árida
Roca encerró su vida,
Blanco á piadosas lágrimas,
Y envidia sin medida,
Y aborrecer eterno,
Y no domado amor.

Como en la frente al náufrago
Revuelta al fondo envía
La onda, que ha poco el mísero
Con ojos recorria
Tristes, riberas próximas
Ambicionando ver,
—Tal en su pecho el cúmulo
Rompió de sus memorias:
¡Ay, cuántas veces, mísero!
Quiso narrar sus glorias,
Y en las eternas páginas
Se vió desfallecer!

¡Cuántas de un día, al tácito
Mústio espirar sereno,
Bajo el mirar fulmíneo,
Los brazos sobre el seno,
Del tiempo que huyó rápido
La imagen tornó á ver!
Y á ver tornó las móviles
Tiendas y el asordado
Valle, y fulgir las águilas,
Y el bruto desbocado,
Y el concitado imperio,
Y el pronto obedecer:
—¡Ay! que á penar tan horrible
En mústio desconsuelo
Desesperó; mas válida
Mano bajó del cielo,
Y á mas vividas auras
Piadosa le llevó.

—Llévole por la nítida
Senda de la esperanza
Al premio donde el mísero
Mas desear no alcanza,
Donde es silencio fúnebre
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
Fé, al triunfo acostumbrada,
Escribe el nuevo: alégrate
Que alteza mas preciada,
Al deshonor del Gólgota
Jamás se arrodilló.

—Tú del sepulcro fúnebre
A la calumnia ahuyenta:
El Dios que eleva y postra,

Que afana y que sustenta,
En el desierto tûmulo
Cabe él se aposentó.

TRADUCCION DEL SEÑOR GUILLERMO MATTÀ.

¡El fué! Cual queda exánime,
Dado el final lamento,
Del alma grande huérfano
El cuerpo en el momento,
Así al anuncio, atónito
Y herido el orbe está:

Mudo piensa en la hora última
Del hombre del destino,
Y duda si otro impávido
Pié de hombre, su camino,
De roja sangre aun cálido,
A pisotear vendrá.

Véle en su alcázar fúlgido
Mi genio, y enmudece:
Cuando con voz asídúa
Cae, se alza y perece,
Su voz al canto unánime
No se mezcló jamás.

Virgen de encomio pérfido
Y de baldón mezquino,
Se alza inspirado al súbito
Morir del sol divino;
Y arranca á la urna un cántico
Que vivirá quizás.

Del Alpe á las Pirámides,
Del Manzanar al Reno,
Después de los relámpagos
Lanzaba el rayo y trueno,
Que desde Scila al Tánaís
Cruzaron todo mar.

¿Fué gloria cierta? Júzguele
Posteridad. La frente
Doblemos ante el Máximo,
Que quiso en esa mente,
De su creador espíritu
Mayor muestra estampar.

El agitado y trémulo
Gozo de vasta idea,
La ánsia de un alma indómita
Que dominar desca,
Que obtiene y logra un premio
Que era loco esperar.

Todo probó. La gloria
Mayor tras del encono;
La rota y la victoria,
El destierro y el trono,
Dos veces en el légamo
Y dos sobre el altar.

Nómbrase; lo oyen; tímidos
Cesan la lucha á muerte
Dos siglos, y á él volviéndose,
De él esperan su suerte.
Calla, y entre ambos siéntase
Como árbitro y señor.

Cae..... y en estrecha ínsula
Pasa en ocio su vida.
La envidia en ella cébase,
Y la deidad caída

Es blanco de odio y lástima
Y de invencible amor.

Cual pesan sobre el náufrago
Las ondas que le alzaban,
Las mismas, ¡ay! que al misero
Cercanas le mostraban
Las salvadoras márgenes
Donde llegar podrá.

Así pesaba el cúmulo
Sobre él de las memorias;
Tentó escribir las páginas
De sus propias victorias,
Y en la hoja cayó trémula
Su mano débil ya.

¡Cuántas veces al tácito
Finar de tarde muda,
Rojos los ojos de águila,
Ambos brazos anuda;
Calla, y piensa en los pristinos
Días de su poder.....

Y vé las tiendas móviles
Y el valle conmovido,
Las ondas de su ejército
Y el pabellon temido,
El concitado imperio
Y el presto obedecer!

Tal vez con tanta injuria
Desfalleció su anhelo;
Desesperó; mas válida
Mano bajó del cielo
Y á mas serena atmósfera
Piadosa le llevó.

Llévóle por el mágico
Sendero de esperanza,
Adonde el premio obtiénese
Que á todo anhelo avanza,
Donde es silencio lóbrego
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica,
¡Oh fé! siempre triunfante;
Escribe aun este: gózate;
Que gloria mas gigante
Ante la cruz del Gólgota
Jamás se prosternó.

Tú de su yerto tûmulo
Calumnia vil separa.
Dios que aflige terrífico,
Que juzga y que repara,
Al lecho solitario
Y al héroe se acercó.

Nosotros prodigamos repetidos elogios á estos cuatro traductores y también á los que con hidalguía castellana nos dieron sus versiones de *El Cinco de Mayo*, cuando se publicaron nuestros *Opúsculos políticos y literarios*; pero los sábios que lean el original y las traducciones de la misma oda, bien sea en castellano ó en otra lengua vulgar, encontrarán acaso en ellas las mismas bellezas que se notan en Manzoni?—Ciertamente que no.—Esta falta, sin embargo, no debemos ni podemos atribuirla á los traductores, sino á la índole de la oda, que tiene bellezas y arranques, que inutilizan terminantemente todos los esfuerzos y la maestría de quien intente trasladarlos á otros idiomas.

SALVADOR COSTANZO.